



BIBLIOTECA *MARCEL·LÍ DOMINGO*

Recull de premsa local i comarcal

RECONQUISTA DE TORTOSA



TORTOSA, promediando el siglo XII, es un enclave islámico que tiene el flanco sur de la Marca Hispánica. Pero ya el futuro de esperanza que, cual ciudad de Condé sobre puto fino, se enmarca por los muelles peninsulares a medida de los truenos de las armas cristianas, anuncia las extensiones de los cristianos, que pretenden desahogar su su libertad. Las disensiones y banderías que de continuo se registran en el promer de estos muros e que ha decidido lo que antes fuera indolente Galiano de Córdoba, del que Tortosa llega a ser uno de sus puntos de encuentro, parecen indicar que el destino sacrosceno que se inicia en el Cuadale de la entrada en su fase marplatense.

El posterior pulso dentro, en aquellos tiempos turbulentes, sufrió frecuentes transformaciones, unas veces por ley de las armas y otras por entroncos entre linajes rivales; y una de las más importantes de la época produce por venas cuando el muy alto y poderoso señor Don Ramon Berenguer IV, Conde de Barcelona, unido en espousas de futuro con la tierna infanta Dots Petronila, hija de Ramon II de Aragón, en 1117, con cuyo feliz acontecimiento consagrase la unidad política entre Cataluña y el reino aragonés, bajo la gubernancia del buen Conde, uno de los soberanos más gloriosos de la dinastía catalana, que por sus grandes virtudes alcanzó la gracia del amor de sus súbditos.

Porfugios ligados de Levante a la suena entre catalana lagaron, en los relatos de su bohemia, despretar el año de conquista de Ramon Berenguer, que desde su fantasa atibada ancha horizontes por donde cruzan su contribución al grandioso proceso histórico de la Reconquista. Halabida de una cometa que los romanos llamaron Tortosa, situada por los bardos y poetas más inspirados, cual si el mundo pudiese; y hucillo de Virgilio habidos tendos su origen en aquellos parajes de galga. Huertas cual vergel; ubertos otros abrotes revelando al sol la plaza de su campo; frondosos bosques que llenaron el suelo de tierra hierbucilla con la frescura de su sombra; vitados cuyos muros alegan mesas reales: altas montañas cuyas cimas parecen andar al viento; y, fecundando la maravilla de su valle, el gran río ibérico, verdemente una nallada por alamos, chopos y catalanales. Y amos por emplesse de lleno en el golpe del martillo cristiano en el trunque agosno—bravamente iniciado por Don Pelayo en los riuos asturos al almorzar la Reconquista—, el epirfidente de Tortosa adquiere en la mente del Conde, congo de chisitas, hasta deviene en empresa, la más alta de cuantas hasta entonces ciberna laura en la noble frente del IV de los Condes Berenguer.

Aí, pues, igual—como dice un muy célebre de los sucesos de la época—el tiempo en que los arys están salto a la guerra, el tiempo sereno, templado y alegre de la primavera, en el que el naiser menuda sus cantinos y la hacha prodiga no frece para caballos y harpes, el Conde solo vive para los apenes bélicos que tal campaña requiere. Vibran en las ciudades las voces melancólicas de los clamos conoando a honte, y los voces pedafidos del correo despiertan los eces dormidos de valles y montañas llamando a guerra contra el infid, y corre mágico estiano ascien todos a pinto, desde los señores de más alta alcurnia, que están con nuevos blasones para sus escudos y más honores que atada a sus sombras diestras, hasta los más humildes varones del pueblo llano, que en tal empresa sólo los guía su fe y su patriotismo, para que de ellas suelen sacar más honra que provecho. Y en el alto empuje de la Reconquista paria, los señores están en vendidos de rico brocado por el pardo armador, los conuecos de la caza y las plateras palacieas por el puerro rto decaico, y los vasallos de la ciudad y de la gerra crecen los instrumentos de trabajo por el ayo y la tierra.

Hasta se le llama a Berenguer, que fuera en menga de su fama el fazonar en tan ambicioso obsequio; pero la joya oculta entre las miles roquetas de Monte Caro y Coll del Alba, Cerd y Montañ, bien es el justido el riuo de la guerra. Tortosa, conoada en un importante cruce de las lerra y las ceras mundanas, da al mundo islámico sabios cuya fama ha de perdurar a través de los siglos. Sus embarraciones sacan el Ebro y sales al mar, sostentando un comercio activo, en que se fien mercederos de todas lerra. Tallantes de todas las usas desfilan ante la mirada deslumbrada de los compradores toda la gama de sus ginecos. La industria se desarrolla ptopétra. Su agricultura, atendiendo menudas de riego introducidas por sus dominadores, produce sucesos finos, haciendo de la Vega tortosina la más fértil y hermosa.



Deseta a partir la expedición, a la que el Papa Eugenio III concede el privilegio de Cruzada, el Conde nota al sol, superando la provincia deca, que espera la paz en este trance histórico. Y a la alto encomienda el buen fin de su noble empresa; porque talde las cosas andan van a la alor: el volde de los jayos, los riuos, las crecidas, el tubido de las erupias, la nitida del riuo en frente de agual... Porque sarria —dice los Sagradas Escrituras— está Dios...

§ II. En la terte vigia de las fortificaciones de Tortosa, el centinela mora el amulho le entra por los ojos y lo viene en confusión: «¡Los cristianos!... Desde los muelles y el castillo de la Zuda, la moxena, abitoa, contempla un espectáculo que sobrecoge su animo. Rememora el Ebro, mercedias blandamente en sus aguas, que tira en lerra toda la zona mediterránea, se ven otros riuos caudales y generosos, cibernas de valeres y de glera almorada en la cernida de Almería. A lo lejos divo, entre una fortaleza huete cristiana que, pisando firme en el «paso honroso» de la Cruzada, se sacra a la ciudad entera. Surcan diestras y nubles, vellos, el vel ocioso y amulho; la calchilla suena viticos gollietas en sus larras; enmarca la capital de los pones la ballena y la alpia, espadas al cinto o pica en mano; y como símbolo de guerra juegaq nallar de la expedición, señores el pardo centinela de los castros hornos, que parecen estar a singular «juicio de Dios» a la bandera de la Media Luna y al estandarte verde de la Cruz.

En ese jectro, la diversidad en el atuendo y la Babé de grtos de desado a la moxena predaman lo herológico de su composición. Poderosos señores de la más brillante prosapia —Guillermo Ramon de Montcada, Guillermo de Manypillar, Berenguer de Pallás, Roger Desroig, Pedro de Sentenac, Berenguer Pídel y otros nobiliarios—, jines sobre lagares truenos coleros de ricos gualdraps, machan con galleda apocura al frente de sus menudas. Vase, los creos cernidos de los Caliberos del Temple, celosos católicos de los caminos que conducen a Terra Santa. Calaban señores los Hospitaleros de San Juan de Jerusalén. Ademas también guerreros que están a Ramon Berenguer sus tributarios de aliende los Pirineos. La península itálica está representada en la expedición por soldados y muerros de Génova y Pisa. Forman el grueso del ejército agueridas hueras catalanas, entre las que se ven grupos de almoráveres, aquellas terribles guerreros que, huyendo de la invasión saracena, hueron caballos y librería en la más abrupte de las montañas, de las que sólo descendían para, al grito de «Desperta, ferri!», correr y talar tierras de mora, ya que en sus «almagueras» no debían viviendo en tanto en campo sin hallar.

El espíritu inquieto y constante de la gerra, ha prendido con fuerza en el corazón de aquellos conuecos de la Reconquista, que apesetane a exponer el baluarte islámico de Tortosa. Ame las mullas que la circundan, resisten todo el asento de harte; y se ferman al oio de la plaza. En el primer día de julio del año de gracia de 1148.

§ III. Tortosa había visto otras expediciones encaminadas a liberarla del poder de la Media Luna. El gran Calafurny y después su hijo Ladrón Pío vinieron de las Galas y perfirían para ella, pero en vano. Sancho Ramirez, Ramon Berenguer III y Alfonso el Batallador no tuvieron mayor fortuna en sus intentos, porque siempre oportunamente los musulmanes recibían refuerzos. El Cal Comandador, aquel gran señor combando, vedados rey sin coraca, que desvalde y ameto a todos los talle moros, erró en alguna sus tierras, aunque no intentó asaltar la plaza. Pero esta vez, reconquista Almería, punto de desahucio de toda clase de refuerzos almoráves para socorrer las plazas musulmanas en peligro, la situación de su castreño llo a tener gilecos rplago.

El Conde planta sus reales y distribuye su ejército en tres cuerpos. El primero, a sus inmediatas órdenes e integrado por tropas de los tributarios de la Marca, se sitúa en lo que hoy son las Escamadas. El segundo, mandado por Guillermo Ramon de Montcada, forma las milicias de Barcelona y otras tropas catalanas y aragonesas, y toman posiciones en la alor y vertiente del Coll del Alba y hacia la ciudad, vigila de la llegada de posibles expediciones en socorro de los sitiados. El tercero, a cargo de Guillermo de Montpeblit, lo componen lerreros del Mediodía galico, y se establece en la margen derecha del Ebro, cara a cualquier peligro proveniente de Valencia. Tropas valanas, al mando de Bernardo de Bellilich, recorren y vigilan los prados que se extienden en el delta izquierdo del Ebro.



Sitioseres y sitiados luchan con valor. El bastión de la Zuda es mudo testigo del heroísmo de los combatientes. Las flechas llueven como granizo en tormenta de verano; saltan chapas al estrellarse los aceros; chiflante amulho, quibranse larras y espodores, silban sinistramente las armas arrojadizas en su trayectoria homicida. Los coros de los combatientes despiertan para embalar la tierra de trágica ampolas con la sangre de tantos héroes. Un pelotón de cristianos logra, una noche, penetrar sigilosamente en la plaza. Pegados a las paredes de las estrechas calicías van los «solos musulmanes» —unos en velo y el corado en la garganta— para sorprender las guardias enemigas y facilitar la entrada al ejército sitiado. No suena suero en su audaz intento. Descubiertos por los reves, son exterminados, quedando prisioneros el catalán Francesc Guillem Aragons, a quien no logran huer abajar de la Religión Católica, pese a ofrecerle, a cambio, perdón de la vida. El cristiano caballero sólo con entera el martirio, siendo su cadáver expuesto a la vista de sus compañeros.

§ IV. Muevda adentro, en la plaza sitada, los musulmanes, en los primeros días del asedio, no parten la esperanza en la primera avala del exterior. No se puede, se dice, que Ali, Señor de la Vida, Dueño de los Dos Mundos, deie sin preocupar a sus creyentes, el que transcurran muchas lunas sin que su Rey, Emper de la Solidaria, Comandador de los Creyentes, Abander de Ali, socorra a sus súbditos. Cansas lucha el turbante verde, distintivo de haber peregrinado a la Meca, excitado, con su purtugio religioso, a vencer o morir. Sus riuos rruvados de cantos —«¡Escucha! maestro de la lerrata oriental!»— relatan los odres de sus hueres de leyenda, para ver de despertar el alán de ensalada en sus oyentes. Un silencio con una bellatada del color de las alas marinas, predice: «Cuando el mundo musulmán estare sumido en los Días de la Ignominia, entones el Profeta y a la promulgación del Corán, nuestro pueblo, no consoli los muros de la gloria; más ahora que se fume, apuntará a las nazarinas con el ryo de su alifango, ¡suafala!». En el alto de los alifangos, a vez delante de las alifangas predica el alifante de la noche llamada a los creyentes a la oración vespertal, para implorar la protección de Ali. Los vítores —«¡la de la paz en la semana musulmana!»—, en las mequitas, los alifantes recitan en lenguaje alant vitandos cortinos que ostentan la defenza.

Para las lunas se suceden y la situación de los sitiados es cada vez más crítica. Cada noche se recogen en la esperanza del socorro que los pueda llegar mañana. Cada amanecer los trae una nueva desilusión. Por más que enen el horizonte se demanda de la buena nueva, no que no ven más que los riuos del coll de Berenguer IV, que ya sólo serán desmontadas entre cantos de victoria.

En el centro que ya cubren las colinas y los hios lavorelos, el Conde apura el cerco con vista a preser el bienestar de la plaza. La resistencia se esfuerza. Poco efica produce y en los sitiados las penurias son exhorativas de sus faqueos. Infundidos en las más fantásticas presuntas, para que Ali los conque el peligro, presiguir a la Meca para sacrificarse en su oia en la conmemoración de la Kabla, la mellea y los deberes del vicio cristiano en que se sumen el pueblo musulmán de la Península, moderan los imperios guerreros de república tan potentes —entre la más pedana de su tiempo—, que de las artes imprevistas en su soluto, quer hio suer el milagro fecundo de los celeros, y cuyos alifantes levantan las maravillas de la Alhambra, el prodigio de Medina Zahir, la sumosa mequita cordobesa...

Pues, la creta de que la defenza de vencer de los cristianos es impalmeable, los hace despretar a la realidad de su futuro atajo. La cepinda señal, inevitable, el paso de las hueras y los días en la infinita penura de la desesperanza. Y alifante del Conde cruza una troga. El propio coll de la ciudad se trasladó al red del caudillo cristiano para estipular las condiciones, y, a la suana de aquellos tiempos románticos, se contiene una troga de corriente días, transcurrida la cual, si los sitiados no reciben socorro, capitularán, para lo cual el Conde, siempre magnífico, exige condiciones más humanas.

En la espera expectante de la troga, desastros los campos ante el horror de la guerra y sin nullo de celeros humana la ciudad por el daga helico que la asfina, una quieral imponente, como si la vida hubiese huido de esta tierra, llena de trizera el alma y el ambiente. No parecen albergar pájaros las arboladas, porque ha de otros lagares para desgarrar sus truenos. Sólo a la hora medio relevando al día, quier el silencio la campaña que, a medio del campamento, da el toque de Angulas para que se retiren para que se no fieren y por los que no han de seguir.



— Paredes seculares, oro viso de nuestro terno histórico

se comienza una troga de corriente días, transcurrida la cual, si los sitiados no reciben socorro, capitularán, para lo cual el Conde, siempre magnífico, exige condiciones más humanas.

En la espera expectante de la troga, desastros los campos ante el horror de la guerra y sin nullo de celeros humana la ciudad por el daga helico que la asfina, una quieral imponente, como si la vida hubiese huido de esta tierra, llena de trizera el alma y el ambiente. No parecen albergar pájaros las arboladas, porque ha de otros lagares para desgarrar sus truenos. Sólo a la hora medio relevando al día, quier el silencio la campaña que, a medio del campamento, da el toque de Angulas para que se retiren para que se no fieren y por los que no han de seguir.

se comienza una troga de corriente días, transcurrida la cual, si los sitiados no reciben socorro, capitularán, para lo cual el Conde, siempre magnífico, exige condiciones más humanas.

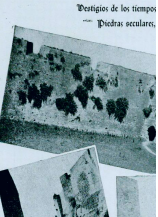
En la espera expectante de la troga, desastros los campos ante el horror de la guerra y sin nullo de celeros humana la ciudad por el daga helico que la asfina, una quieral imponente, como si la vida hubiese huido de esta tierra, llena de trizera el alma y el ambiente. No parecen albergar pájaros las arboladas, porque ha de otros lagares para desgarrar sus truenos. Sólo a la hora medio relevando al día, quier el silencio la campaña que, a medio del campamento, da el toque de Angulas para que se retiren para que se no fieren y por los que no han de seguir.



— Paredes seculares, oro viso de nuestro terno histórico

se comienza una troga de corriente días, transcurrida la cual, si los sitiados no reciben socorro, capitularán, para lo cual el Conde, siempre magnífico, exige condiciones más humanas.

En la espera expectante de la troga, desastros los campos ante el horror de la guerra y sin nullo de celeros humana la ciudad por el daga helico que la asfina, una quieral imponente, como si la vida hubiese huido de esta tierra, llena de trizera el alma y el ambiente. No parecen albergar pájaros las arboladas, porque ha de otros lagares para desgarrar sus truenos. Sólo a la hora medio relevando al día, quier el silencio la campaña que, a medio del campamento, da el toque de Angulas para que se retiren para que se no fieren y por los que no han de seguir.



— Paredes seculares, oro viso de nuestro terno histórico

se comienza una troga de corriente días, transcurrida la cual, si los sitiados no reciben socorro, capitularán, para lo cual el Conde, siempre magnífico, exige condiciones más humanas.

En la espera expectante de la troga, desastros los campos ante el horror de la guerra y sin nullo de celeros humana la ciudad por el daga helico que la asfina, una quieral imponente, como si la vida hubiese huido de esta tierra, llena de trizera el alma y el ambiente. No parecen albergar pájaros las arboladas, porque ha de otros lagares para desgarrar sus truenos. Sólo a la hora medio relevando al día, quier el silencio la campaña que, a medio del campamento, da el toque de Angulas para que se retiren para que se no fieren y por los que no han de seguir.



— Paredes seculares, oro viso de nuestro terno histórico

se comienza una troga de corriente días, transcurrida la cual, si los sitiados no reciben socorro, capitularán, para lo cual el Conde, siempre magnífico, exige condiciones más humanas.

En la espera expectante de la troga, desastros los campos ante el horror de la guerra y sin nullo de celeros humana la ciudad por el daga helico que la asfina, una quieral imponente, como si la vida hubiese huido de esta tierra, llena de trizera el alma y el ambiente. No parecen albergar pájaros las arboladas, porque ha de otros lagares para desgarrar sus truenos. Sólo a la hora medio relevando al día, quier el silencio la campaña que, a medio del campamento, da el toque de Angulas para que se retiren para que se no fieren y por los que no han de seguir.

se comienza una troga de corriente días, transcurrida la cual, si los sitiados no reciben socorro, capitularán, para lo cual el Conde, siempre magnífico, exige condiciones más humanas.

En la espera expectante de la troga, desastros los campos ante el horror de la guerra y sin nullo de celeros humana la ciudad por el daga helico que la asfina, una quieral imponente, como si la vida hubiese huido de esta tierra, llena de trizera el alma y el ambiente. No parecen albergar pájaros las arboladas, porque ha de otros lagares para desgarrar sus truenos. Sólo a la hora medio relevando al día, quier el silencio la campaña que, a medio del campamento, da el toque de Angulas para que se retiren para que se no fieren y por los que no han de seguir.